

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8451

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICIÓN:

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 34, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 9 de Enero de 1890.

Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

ES UN MEDICAMENTO como ningún otro remedio empleado hasta el día, contra las enfermedades de LOS TIPOLOS, DE LOS VÓMITOS, DE LOS DIARREAS, DE LOS TIBRES, DE LOS VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMERGENCIAS, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS PÉTICOS, etc. Ningún remedio alcanza de los médicos y del público tanto éxito por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE 2'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no dan resultado. Exigir la firma y marca de garantía

DEPOSITO GENERAL:

ALMENA FARMACIA VIVAS PEREZ desde donde se remiten por correo a todas partes enviando 25 cént. más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universal Barcelona. Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Urriach. Cartagena, Abad y Romero German.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

LO QUE ES EL CIELO.

Para formarse una idea justa de lo que en lenguaje corriente se llama cielo es preciso comprender primero con exactitud lo que es el globo terrestre y presentárselo «suspendido en el espacio sin que nada le sostenga» absolutamente como si fuera una pompa de jabón en el aire.

Todavía está el globo terrestre más aislado que la pompa de jabón, puesto que ésta descansa en una red de moléculas de aire más pesadas que ella, mientras que la tierra no descansa sobre fluido alguno, permaneciendo independiente de toda clase de punto de apoyo ó de suspensión.

—Pero entonces, —me dirán algunos, —si la tierra se halla así arrojada como una bola en el espacio, ¿por qué no cae?

—Y dónde quisiérais que cayese? —contestaría yo.

—Abajo, —me replicarán. Pero, ¿qué significa esta palabra abajo?

Es una idea puramente relativa. Si os representáis bien el globo terrestre, aisladamente suspendido en la extensión infinita, no tardaréis en reconocer que no hay arriba ni abajo en el universo. Ved el globo en el espacio, rodeado como lo sabéis tres mil leguas de diámetro. Vosotros tocáis por término medio de cinco á seis pies de altura. Vuestra magnitud relativamente á la del globo terrestre es, pues, menor al de lo que sería una hormiga andando al rededor de una bola de la magnitud del panteón de París. Suponed, pues, que vosotros andáis al rededor de este globo terrestre tal como andaría una hormiga al rededor de una inmensa bola.

Este globo es de una gran atracción: es lo que lo retiene invariablemente en su superficie.

Cualquiera que sea el punto del globo por donde transcurra, el mar siempre abajo á la superficie que tengáis bajo los pies, y arriba el espacio situado encima de vuestra cabeza. Podéis irlos colocando sucesivamente en todos los puntos del globo sin excepción alguna: todos esos puntos serán necesariamente la parte baja para vosotros y el punto correspondiente del espacio sobre vuestra cabeza será siempre la parte alta.

Trataré, pues, solamente de un asunto

de posición con respecto á vosotros, y no de una realidad absoluta. Dos observadores situados en los extremos de un mismo diámetro, es indudable que tendrían la altura recíprocamente opuesta; otros dos, situados en los extremos de un segundo diámetro, que cruce el primero en ángulo recto, tendrán la altura en dos puntos perpendiculares á los primeros, y así consecutivamente. Si el globo entero estuviese cubierto de observadores y teniendo cada uno de ellos la parte alta sobre la cabeza, surgiría de esto que el espacio entero sería la parte alta para el conjunto de la población del globo.

He aquí el «cielo.» Esta palabra ya no significa ahora sino lo alto, relativamente á nuestra posición; es decir, el espacio indefinido de que está rodeado el globo. Si el observado cambia de lugar trasladándose de una parte á otra de la terrestre superficie, cambiará también á cada instante de punto vertical y de cielo. Aunque no se traslade por sí propio, no por eso dejará el punto vertical de ser constantemente distinto para cada uno de nosotros, puesto que bienaventurados, sobre ese vago firmamento, los que habían calculado con la mayor exactitud el número de asientos reservados, los que habían trazado geométricamente el plano y el corte del paraíso, se encuentran ahora en tanto cuanto desorientados.

Alrededor del globo terráqueo reposa una ligera película semejante á la que cubre las virginales mejillas ó los melocotones no manoseados. Esa película es la azulada atmósfera, en cuyo seno se mecen á altura poco considerable las nubes. La forma cóncava que creemos observar en la aparente bóveda que nos cubre procede de un simple efecto de la perspectiva.

Nosotros, microscópicos seres, más razonadores que razonables, vivimos en el fondo de la película y admiramos en la propia atmósfera todo el azul de los cielos. Y sin embargo, con elevarse á la parte superior del edificio, ora trepando á la cima de los altos montes, ora subiendo en aerostato, hay lo bastante para conocer que el espacio es incoloro. Una estancia de algunos momentos en la superficie de la luna nos convencerá mejor aun de que á la atmósfera se debe el color del cielo terrestre. El astro helado de las noches está, en efecto, privado de aire, y durante sus interminables días (quince veces mayores que los nuestros), en vez de un hermoso pabellón de zafiro, no se ve desde allí sino una inmensidad negra y lúgubre poblada á la par por un astro brillante: el sol por una luna de fases variables; la tierra por la multitud de estrellas que á unos y otros son comunes.

La tierra, como saben todos, forma parte de un sistema de mundos cuyo centro es el sol. Figúrate una bola de cañón cerrándose en medio del espacio. Alrededor de ella, y á diferentes distancias, cuatro granos de plomo: Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Más lejos cuatro balas: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Estos granos y estas balas dan vueltas en torno de la bola de cañón. Tal es, en suma, el sistema planetario. Los granos de plomo tienen tanta magnitud como la tierra ó muy poco

menos; las balas son de 100 á 1.400 veces mayores que ella, y la bola de cañón es un millón y medio de veces más voluminosa.

Este sistema está suspendido en equilibrio en el espacio. ¿Quién lo sostiene? Nadie lo sabe. ¿Está fijo y en reposo? No. Gravitación, ó lo que es lo mismo, cae en el abismo infinito con una velocidad calculada en dos leguas por segundo ó sea más de siete mil leguas por hora. Que la línea que describamos al caer sea curva, quebrada ó recta, podemos caer eternamente sin temor de chocar con el fondo de lo infinito.

Bien quisiera arrastraros desde aquí hasta los esplendores de la inmensidad; mostrar como esa extensión infinita está poblada en todos sentidos por millares de mundos separados unos de otros á prodigiosas distancias; haceros comprender sus movimientos propios y la universalidad del gran principio de Newton; indicar de qué manera se pesan los astros y por qué método se determinan sus distancias; dar una idea de esas distancias recíprocas estableciendo que la estrella más próxima á nosotros, nuestra vecina, reside á 8 trillones, 663 billones y 200 millones de leguas — espacio para recorrer el cual tarda la luz tres años y ocho meses, — pero ya va largo el coloquio y aplazando la continuación para otro día, lo daremos hoy por terminado.

¿Existe el cielo material de los antiguos; que no hay otros cielos sino el espacio sin límites, en cuyo seno se ciernen las esferas habitadas, y que la tierra está en el cielo tal como los astros y forma parte de él con iguales títulos que las estrellas de la Cruz del Sur.

CAMILO FLAMMARION.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

VENTANA.

Charada

Poses mi amigo todo una preciosa heredad, en **prima segunda tercia** que es un pequeño lugar, y en la que vi este verano cierta **una dos** colosal y simenteros **dos tres** que no llegó á cosechar, porque el año ha sido un año seco, infecundo y fatal.

A. A.

La solución en el número próximo.

PATRIA POTESTAD.

No hay cosa más fácil que ser padre ni cosa más difícil que saber serlo.

Por eso, aunque cada hijo al nacer trae — según se dice — un puñal debajo del brazo, por culpa de la mala educación, resulta un puñal como unas hostias.

Verdad es que también se ven amarradas con mala entraña, de quienes nadie puede sacar partido, como no sea partiéndolas por la mitad.

—No sé qué hacer con este chico — decía un padre.

—¿Porqué no hace usted pepitoria?

—Es que tiene tan malas inclinaciones...

—Pues hágale usted estudiar Dirección. Así perderá toda inclinación.

Hay hijos «protestantes» que no reconocen la autoridad del «Papa», y otros, por el contrario, que al «Papa» se dedican como si fueran zuevas pontificios.

—El hijo mayor de usted es una alhaja.

—¡Oh! y el segundo es una joya.

—Y ¿cómo dejan ustedes al tercero? Es un estúpido. Su casa de usted...

—¡Va lo creo! Mi casa es un escaparate de platería.

Aunque pocos, quedan todavía ejemplares de aquellos «pater familias» de Roma que tenían la casa sobre un pie.

—¿Asómbrase usted. Mi hijo escriba ya palabras al dictado.

—¿Cómo al dictado?

—Si señor, se les apunta yo por las espaldas.

Tan á pecho toman algunos sus prerrogativas paternales, que creen que pueden comprar al hijo soldado y venderlo después sin soldar; es decir, hecho trizas.

—Yo soy un verdadero padre de familia. Yo pego.

—Entonces ya no es usted cabeza, es usted cola.

Pavorosos problemas surgen á lo mejor en el seno de la sociedad doméstica.

¿Deben educarse los hijos en casa? ¿Es mejor mandarles á un colegio? ¿Conviene que estén agarrados á la leyta paternal? ¿Han de salir solos en cuanto se les ponen pantaloncitos?

—En la calle no aprenden nada bueno.

—Pero es forzoso que el muchacho se acostumbre, que empiece á volar...

—¿Y no volará mejor temiéndole al lado?

Otros prefieren — como el rey Basilio — tener á sus respectivos Segismundos viviendo en el campo con el hacha de cría hasta que llegan á la edad viril.

—Nada, nada, — dicen — que respire el aire puro, que beba buena leche y mucho vino, y cuando cumpla treinta años ya veremos.

—Pero hombre, así descuida usted de su hijo la educación.

—¿No sabe ni las primeras letras?

—Si, las primeras debe de saber ya, porque está aprendiendo «ejotas» que es de las últimas.

Mientras el niño lo es, la influencia del papá no se deja sentir sobre la marcha del muchacho, pero en cuanto éste empieza á andar solo, ya entra el padre en escena.

Si el raguitismo ó la escorbuto le han torcido las piernas, allí son las vacilaciones paternales, los aparatos ortopédicos y las visagras, tornillos, planchas, etc. en las canchales del impúbere.

—No sé lo que saldrá de aquí — decía un padre contemplando afligido las piernas de su vástago, cubiertas de hierro.

—Yo si se lo que saldrá — respondió un amigo, mirando las espinilleras infantiles — ¡un picador de toros!

El aceite de hígado de bacalao, el hierro «Bravais» y la gimnasia higiénica hacen milagros en la generación que viene.

Así es que entre el hierro y el aceite, el cuidado de un niño es muy parecido al cuidado de una máquina de coser.

—Estos chicos son los hombres de mañana.

—¿Cuáles?

—Mis hijos.

—Los hombres de mañana, ¡y no se han levantado á las dos de la tarde!

Por regla general los padres desean que sigan sus hijos la misma carrera que ellos y la fuerza del deseo les hace ver visiones.